

neófitos, cada uno de los cuales mueve su pieza aturdidamente y sin plan, ajeno al ritmo y a la finalidad de la partida.

México ha sido la república que tuvo hasta ahora una noción más clara de las necesidades del momento, aunque esto no implique admitir que su política internacional estuvo de una manera continua a la altura de las circunstancias. Basta la evocación de sus dolores para medir la magnitud de las faltas que cometieron algunos de sus dirigentes. Pero, siendo en el momento actual la que, aleccionada por su ubicación, anuncia una inteligencia más comprensiva de los intereses comunes, de ella cabe acaso esperar las orientaciones y las rectificaciones, que darán forma concreta al deseo de vivir de nuestros pueblos.

Sólo he dicho vivir. Nosotros no abrigamos odio contra nadie, ni contra nada. No asoma en nuestro pensamiento la más ínfima partícula de hostilidad contra ningún país. Pero queremos vivir de una manera integral, sin mutilaciones, sin reservas, sin sujeción, oculta o confesada, a ajenos organismos. Queremos que la personalidad de la América Latina se desarrolle como conjunto autónomo. Y tenemos la convicción de que, sin choque ni conflicto, es posible restablecer o reconstruir pacíficamente mucho de lo que fué abandonado o comprometido por la pereza o la ignorancia durante las épocas en que no se había despertado aún la inquietud renovadora y vigilante que hoy anima a las nuevas generaciones.

Nuestra América, en apariencia abúlica y desorientada, pero en realidad ansiosa de gestos que traduzcan autorizadamente su contenido fervor, sabe que, sin salir de la reserva oficial, un gobierno consciente de las responsabilidades continentales puede abrir las puertas al porvenir. Por eso es que la candidatura de usted a la Presidencia de la República aviva el optimismo de todas las esperanzas en el orden internacional. Y por eso es que le mando, como argentino y como ciudadano de la América Latina, este abrazo fraternal.—MANUEL UGARTE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

## Notas sobre literatura inglesa contemporánea

**A**CTUAN en la Inglaterra literaria de hoy dos generaciones, la generación anterior a la guerra y la de la post-guerra. La última aún no ha encontrado propagandistas y defensores. Es lógico que en Inglaterra y en el extranjero los nombres de la generación anterior

sean más conocidos. Bernard Shaw, Galsworthy, Bennett y Wells gozan de una popularidad que Sitwell, Forster, H. Read, S. Hudson y aún Conrad, Garnett, Dane, Baruns, Mansfield, Butts y otros no tienen, a pesar de que sus obras han alcanzado una alta tirada editorial. Pero la nueva generación está en pleno desarrollo y tal vez su desconocimiento se debe a las características especiales de su creación literaria. Pertenece a una época que E. Muir ha llamado con justeza de transición; su característica psicológica es el desagrado y el temor. Esta generación además desdeña y no vibra con las ideas de la generación anterior. Enrola en sus filas a todos aquellos para quienes la guerra fué el acontecimiento principal de su pubertad, juventud o virilidad; los hombres nacidos entre 1880 y 1900.

La generación anterior a la guerra creía en la posibilidad de mejorar la naturaleza humana. La guerra destruyó este optimismo. La juventud afronta las teorías de sus predecesores (Religión, Capitalismo, Patriotismo, Parlamentarismo) no sólo con incredulidad, sino también con falta de interés. Busca su inspiración y sus temas, no en la generalización deductiva de las grandes masas, sino en la preocupación inductiva del individuo. El camino anterior conducía de lo general a lo particular, era sintético; el modo de observación actual es analítico. Ahora bien, el arte de escribir analítico si aspira a ser más que una simple descripción clínica—historia de una enfermedad—, debe ser esclarecido por explicaciones y exégesis personales. Para realizar este fin literario se necesita una madurez experimentada; entre los escritores actuales que se llaman de la nueva generación no hay ninguno que tenga menos de 35 años. Estos hombres no representan un mundo de ideas, aborrecen las teorías, no ordenan sus experiencias en casilleros éticos e intelectuales, saben y sienten que todo esto es una especie de ilusión, un «Hirngespinst». Condenan la sentimentalidad y la creencia; en cambio, los choques de la vida los fascinan. Saben que todo en la vida tiene un interés, excepto la falta de franqueza. Son escépticos, pesimistas, y según las apariencias exteriores, frívolos. Piensan más bien horizontal que verticalmente. Afrontan las cosas de lado como el movimiento del cangrejo. Son apasionadamente sinceros y poseen como quizá ninguna otra generación contemporánea, una fuerte recepción de la belleza moderna. Esta literatura se formó con el rechazo de la guerra y trata de demostrar que la razón es más importante que el sentimiento. Los ataques a la opinión de las grandes masas varían en grado de apasionamiento desde el fuerte y pictórico énfasis de un James Joyce, el pesi-

mismo cultivado de Elliot y el fantástico «así o así» de Virginia Woolf. El *Ulises* de Joyce es la obra más importante de la literatura actual inglesa. No sólo rechaza todas las teorías mundanas burguesas, sino que destruye también la tiranía que ejercen sobre la literatura el tiempo y el espacio. Haciendo ver que el trascurso corriente del tiempo, «el llegar a ser», la acción, carece de veracidad, introduce Joyce en la novela inglesa el elemento de lo desconocido, o sea la *realidad periférica*. Las teorías de Joyce las ha adaptado Virginia Woolf, las ha filtrado y hermoseado. Virginia Woolf hija de Sir Leslie Stephen, el gran crítico y biógrafo a quien su amigo Meredith retrató en la novela *Egoístas* bajo el nombre de Whisford, se formó en un medio intelectual exquisito, casó con Leonardo Woolf y juntos fundaron la Casa Editorial «The Hogarth Press». Es una escritora de una claridad intelectual sin precedentes, suavizada por cierta ironía.

Otra escritor-guía de la nueva literatura inglesa es D. H. Lawrence. Posee Lawrence una pasión casi medioeval del miedo y la angustia de lo sexual. Pero su fuerza de asociación, la capacidad de encontrar analogías de reconocimiento en las experiencias más distantes, es completamente moderna. En cuanto a T. S. Eliot, es un poeta de ritmo moderno, y el glosador del pesimismo que hoy día sobrecoge a las clases intelectuales. Eliot sufre de nostalgia de fe, destruye las viejas convenciones, pero no crea otras nuevas.

Todos los escritores de la literatura inglesa de hoy omiten toda solemnidad y toda sentimentalidad en su creación literaria. Lytton Strachey, estilista sobresaliente, ha hecho la crítica del período de la Reina Victoria. A él debe en gran parte el género biográfico su rehabilitación, debido a su técnica y a su enérgico análisis. Según Lytton Strachey la biografía había decaído por su documentación no bien asimilada y por ser generalmente un panegírico estéril. De Strachey dice Virginia Woolf:

En sus libros sobre el período de la Reina Victoria notamos claramente sus tendencias de escribir contra la opinión de la época. Con menos claridad que Eliot y Joyce, pues Strachey está obligado a tratar hechos irrevocables, posee una cortesía fría que lo permite transformarse, interpretar el espíritu de las grandes personalidades y aun mantener secretas ciertas pequeñeces.

En la novela del último tiempo E. M. Forster, Norman Douglas y Aldous Huxley han ridiculizado lo inmóvil de la vida psíquica y aun la pasividad de la posición intelectual, pero por sobre todos estos escritores Virginia Woolf mantiene una si-

tuación descollante. Su vibrante fantasía y su delicioso estilo influyen, a pesar de ella, sobre el sentimiento de los lectores. Quien no sepa comprender a Virginia Woolf no podrá interpretar tampoco la literatura inglesa del momento. La influencia de esta escritora sobre Inglaterra y Estados Unidos crece de día en día.—HAROLD NICOLSON.

Traducción especial para *Atenea* por Maggie Krarup de Gómez Milla.

## Democracia en acción



A dicho recientemente un célebre publicista norteamericano que la democracia es un régimen de gobierno que no alcanza más allá de donde llega la voz humana.

Con esto quiere indicar que sólo es practicable en países que, por su población limitada, pueden establecer el contacto directo entre el candidato o el Presidente y los votantes. Allí donde los votantes no tienen ocasión de formar juicio personal sobre las calidades humanas del candidato; allí donde los votantes tienen que regirse por el dictamen de grupos de políticos o por las conveniencias de los partidos, allí no hay ya propiamente democracia sino una degeneración de la democracia. Democracia pura es entonces la griega cuando Pericles hablaba al pueblo en la plaza cada vez que se ofrecía algún asunto importante. Democracia pura es la de los Estados Unidos cuando eran pequeños y antes de que se convirtieran en imperio, y democracia pura puede haber en algunos países nuestros, y también en México, dado que apenas contamos con quince millones de habitantes y las comunicaciones son de tal suerte que es fácil recorrer la nación entera en unos cuantos meses.

Aceptado tal criterio, que es el de la verdadera democracia, resulta que en Hispano-América poco se ha hecho democracia, y sólo unos cuantos candidatos a la primera magistratura se han desentendido de todos los partidos para ir directamente al pueblo a fin de conocer sus necesidades, pulsar sus opiniones y pedirle apoyo en una empresa de regeneración nacional. Y resulta también que este procedimiento de consultar la opinión pública y ganarla, es más democrático, más puramente democrático que el otro procedimiento, el de los convenios entre políticos que a la sombra del despacho semiburocrático, acuerdan quién ha de ser el candidato para lanzarlo después al pue-